OJOS AZULES

I

Mientras hago el nudo de mi corbata, alcanzo a ver un jirón azul de cielo. Es un azul discreto, que transmite a este atardecer una serena quietud. Me siento gratamente optimista y olvido, al brujo influjo del momento, las miserias de mi vivir de estudiante. Igual que el cielo, mi alma va vestida de azul...

Mi dicha no nace de la posesión de un bien presente; es, más bien, fruto anticipado de un bien que espero. Por eso tal vez es tan intensa, aunque lleva consigo la vaga angustia de amor, que será la primera de mi vida hasta ahora dedicada por completo a mis estudios. Pensando en los instantes que van a venir, hasta siento cierta piedad por esos pobres diablos de mis compañeros de cuarto que se creen donjuanes porque conquistan... ¡a lavanderas y criadas de servicio!

Yo, en cambio...

II

Es rubia y se llama Nelly Southworth. Bajo las alas de la pamela, sus rizos tienen reflejos de oro. Son azules sus ojos, del mismo azul discreto de este jirón de cielo que veo. Por eso, hay algo espiritual en ellos. En cambio, su cuerpo es una perpetua tentación. Fascina la perfecta armonía de sus curvas bien precisas bajo la leve presión de los trajes de seda. Bien se echa de ver que los ejercicios físicos han redondeado y dado a sus formas esa fina elasticidad que hace a las carnes vibrar con ritmo. Miss Nelly es, pues, alma y cuerpo. Cuando la tentación me prende con sus garras, tengo que recurrir al baño lustral de sus ojos azules. ¡Oh, los ojos azules de Miss Nelly, sembrados de cuajarones luminosos!...

Es menos que novia, pero es más que amiga para mí. Ninguna de mis compañeras de universidad ha tenido nunca para mí sus

familiaridades y a fe que una novia filipina no se atrevería a tenerlas conmigo. Y, sin embargo, hay una perfecta inocencia, una deliciosa inconsecuencia en sus movimientos. Infinidad de veces me han rozado el rostro las alas de su sombrero, los rizos de su nuca y nunca he visto en sus mejillas el arrebol del pudor herido. Ni siquiera he notado en ella ese elocuente embarazo del silencio que sigue a las situaciones tensas. Igual puede ser para ella, en tales peligrosas proximidades, un muñeco sin alma.

Y, sin embargo, sé que me aprecia. Acaso me quiere. Se interesa por lo menos por mí. Lo he comprobado en la verdadera alegría que veo brillar en sus ojos en cuanto me ve; en la ansiosa atención con que me oye hablar sobre cosas del país. Porque Miss Nelly es una viajera, una turista que está en Manila de paso, durante la breve escala del palacio flotante que la va a llevar a otros puntos del Oriente.

Se interesa por mí, he dicho. No lo quiero creer a veces, por el lógico, por el vulgarísimo razonamiento de que es imposible que un pobre estudiante que tiene que servir de cicerone para ganarse unos cuartos pueda despertar interés en el corazón de una mujer perteneciente a distinta raza, y en el espacio inverosímil de unos cuantos días. No olvido, además, que esta gente tiene sus prejuicios contra los de mi sangre. Pero tengo que rendirme a la evidencia y admitir, con enorme regocijo de mi vanidad, que para esta chiquilla deliciosa, hija de millonarios por lo menos, soy algo más que un cicerone. Acaso sea por capricho, acaso por el pueril afán de añadir una página extraña al glosario de sus sensaciones. ¡Son tan raras estas americanas!

No me importa la razón de su, llamémoslo así ya, querer. Mi primera aventura tendrá, por ello mismo, el singular atractivo de lo inexplicable. ¡Cómo se van a morir de envidia, en cuanto la conozcan, estos pobres diablos de mis compañeros que tienen que contentarse con lavanderas y criadas de servicio!

Estoy ahora delante del espejo, esmerándome en el vestir. Dentro

de media hora iré a recoger a Miss Nelly y a su familia para la última excursión a las afueras de la cuidad. Y presiento que esta tarde va a ocurrir algo que será jalón memorable en el transcurso de mi vida...

La misma Miss Nelly me sale al encuentro, al pie de la pasarela. Va descubierta, y puedo admirar el oro puro de sus caballos. Pero noto en ella una expresión de tristeza que me da no sé qué tristes presentimientos:

—Hoy no salimos —me dice, confirmando mis temores— papá está un poco enfermo y mamá tiene que quedarse con él. El calor de vuestro país tropical...

Me he quedado mudo, entontecido por el golpe inesperado. Apenas consigo tartamudear:

—¿De modo que esto es adiós?

—¡Esto es adiós!

Cae sobre los dos un silencio doloroso. Diríase que acaba de tenderse entre nosotros la sima de un abismo enorme. Pero de pronto veo brillar sus ojos con súbita animación y la oigo exclamar:

—Espera aquí un momento. Veré lo que se puede hacer...

Sube, a grandes zancadas, la pasarela pendiente. Entre el revuelo de las faldas de seda, surgen como columnas de líneas perfectas sus piernas ágiles. Percibo de ella un intenso perfume de juventud.

No dura mucho mi espera. Otra vez la veo, en lo alto, y un momento se proyecta sobre el fondo del cielo su perfil de estatua. Y cae sobre mí con una velocidad de turbión que me aturde. Me traba de la mano y me arrastra, mientras se explica:

—Papa ha consentido. Iremos solos los dos, en esta última excursión. Nos pasearemos por la ciudad, primero, y dejaremos para lo último las ruinas, de esa iglesia que me dices...

Subimos a un automóvil y ella misma va dando instrucciones:

—Una vuelta por la Luneta[118], después a Pasay[119] y luego... luego...

Se vuelve, a mí, y me pregunta:

—¿Qué después de Pasay? Ya no recuerdo lo demás.

—Déjalo a mi cargo —le digo—. Ya me cuidaré del itinerario…

Luneta, Malate[120], Pasay. Vamos en marcha veloz, sumidos los dos en un silencio doloroso. Es la primera —y la última vez— que nos encontramos solos, en perfecta libertad de franquearnos nuestras almas, pero diríase que los dos tenemos miedo a esa misma soledad. Mientras pasamos por el puente de Parañaque[121], vemos a la derecha, mar adentro, una bandada de barquichuelos de vela.

—Son como aves con las alas desplegadas —me dice, señalándolos, Nelly.

—Son como almas abandonadas en el mar —afirmo.

Hay dentro de mí una sincera emoción. Tiembla mi voz mientras sigo hablando:

—Yo también soy como un barquichuelo, como un alma abandonada en el mar. Acabo de vivir los días más intensos de mi vida, durante los cuales me he estado preguntando si no estaría soñando. Y he aquí el despertar… Seré dentro de poco exactamente

[118] Luneta es un parque en el centro de la ciudad, situado frente a la bahía de Manila al lado de Intramuros. Durante la época española se llamaba Bagumbayan, después Luneta y ahora Parque Rizal. Representa un lugar crucial en la historia de Filipinas ya que allí, el 30 de diciembre de 1896, fue ejecutado el doctor José Rizal, héroe nacional de Filipinas. Desde 1913 lo preside su monumento y mausoleo, obra de Robert Kissling.

[119] La ciudad de Pasay es una de las 16 municipalidades que hoy forman Metro Manila. En Pasay se establecieron campos militares y zonas aéreas. En 1912 la base aérea se llamó Camp Nichols, después transformada en la actual base Villamor al lado del aeropuerto internacional de la ciudad Ninoy Aquino.

[120] Malate se encuentra hacia el sur de Manila y forma parte de Pasay. Durante la época española era un pueblo pesquero y toda la actividad giraba en torno a la iglesia de la Virgen de los Remedios. Los americanos la urbanizaron y embellecieron el paseo por la bahía, pronto se convirtió en un importante distrito comercial y de recreo. El ejército estadounidense ocupaba gran parte de las viviendas de Malate y Pasay durante aquellos años.

[121] Parañaque se fundó en 1572. Situada frente al mar ha sido un lugar estratégico a través de la historia. Durante la época americana fue la primera ciudad que tuvo un gobierno municipal. Muy famosa es su iglesia de Baclaran, la más frecuentada de toda Asia, de la que están encargados los Redentoristas.

como un alma abandonada en plena mar... ¿Quién se acordará de mí? ¿Quién me señalará el puerto de arribada?

En los ojos de Nelly hay asomos de llanto. Pero sabe contenerse y finge indiferencia. Pregunta:

—¿Están lejos esas ruinas? Podríamos ir ya...

Doy instrucciones al chófer. Vira el coche y cambiamos de dirección, alejándonos del mar. El camino se hace tortuoso. A veces pasamos bajo sonoras bóvedas que forman ramas y hojas. Entretanto, se va iniciando el crepúsculo. Entre los desgarrones de las ramas, se filtran las últimas luces del día. Son, a veces, rojas; violáceas, a veces. Pero son siempre tristonas, con cierta palidez de agonía. De pronto, se para el coche.

—Tienen que bajar ya aquí —dice el chófer—. El automóvil no llega hasta las ruinas. No están lejos, tampoco. Desde aquí se descubren...

Se ven, en efecto, las ruinas. Tienen no sé qué sombría grandeza que parece proyectarse sobre los enormes árboles que las rodean. El campanario, sin campanas, proyecta sobre el cuadro un aire de desolación.

—¿Vamos? —preguntó a Miss Nelly.

La ayudo a subir la violenta pendiente. A veces tengo que sostenerla a pulso, mientras busca una raíz cualquiera a qué agarrarse. Ahora compruebo la fuerza de esta muchacha. Y su valor, al mismo tiempo. Porque es casi de noche y en el cielo se inician ya las primeras estrellas. Se va poblando de sombras la tierra. Las líneas de las ruinas se hacen borrosas en el espacio, mientras nos vamos acercando. Las perdemos de vista un momento al torcer la vereda, pero de pronto surgen ante nosotros en su primitiva grandeza, en la trágica desnudez de sus muros agrietados. La emoción del momento y del lugar es intensa. Los dos nos hemos quedado mudos, sobrecogidos por algo como un excelso pavor espiritual.

Ella es la primera en sustraerse a la sugestión y me dice resuelta:

—Penetremos. Me interesa ver los altares...

—Brava mujer —comento interiormente—. Y no sé por qué pregunto:

—¿No tienes miedo?

—¿A qué? —pregunta a su vez, ingenua.

No contesto. Pero se me han arrebolado las mejillas, lo cual afortunadamente no podrá notar Miss Nelly por falta de luz. Porque no era por las tinieblas, ni por el lugar, ni por la hora, ni por el sombrío aspecto de las ruinas porque le he preguntado si tenía miedo. Era… ¡por mí, que era un hombre, que la tenía a mi merced!

El interior de la iglesia es menos oscuro de lo que me he imaginado. A los pocos momentos, nos hemos acostumbrado ya a la sombra y podemos comprobar detalles. Aquí, dentro, hay un mundo de vida palpitante. Percibo rozar de alas y una infinita variedad de sonidos. Desde el púlpito he visto volar un enorme murciélago cuyas alas repiquetearon sobre los cristales rotos de una ventana cercana.

—El altar, ¿dónde está el altar mayor? —pregunta Miss Nelly.

La cojo de la mano y vamos caminando hacia delante. El jaramago se nos enreda a los pies y a veces tengo que agacharme para librar los de mi compañera. Huele a humedad, a ese espeso, acre olor de los espacios poco venteados. Y de pronto, sobre el perfume de tierra de las ruinas, se impone otro más intenso perfume que me aturde y me emborracha. La desigualdad del terreno la ha obligado a Nelly a pegarse a mí y el que percibo es el perfume que se desprende de su juventud, de su cuerpo, de su rara belleza. La miro enloquecido, en un súbito despertar de mis pasiones. Hay dentro de mí una bestia que se revuelve, que me hace clavarme las uñas en mis propias carnes. Siento que voy a ceder, que la garra de la tentación se hinca en mí, con fuerza irresistible. Se abren mis brazos, al vibrar de mis nervios sacudidos y noto en mi belfo la humedad de la saliva. En un momento me habré abalanzado, como un tigre, sobre la indefensa mujer...

Pero Nelly me mira, me mira intensamente. En medio de las sombras, he visto claramente el azul de sus ojos. Un azul discreto de

cielo, que tiene la sedante influencia de un baño lustral. Y hay en sus ojos tan hermosa inocencia, tan infantil ingenuidad que grito con voz ronca:

—Vámonos, Nelly.

IV

Nos hemos despedido al pie de la pasarela, con una despedida en que se han callado los labios y han hablado las almas. No sé por qué no me atrevo a mirarla en los ojos. ¡En los ojos azules que parecen acusarme!

Pero Nelly es infinitamente generosa y me dice con temblorosa voz:

—Usted es un hombre y le doy las gracias…

Y antes de que me diese cuenta, me ha dado un beso y se ha echado a correr, casi a volar, pasarela, arriba. Un momento vi dibujado su perfil de estatua sobre el cielo. Luego, un blanco pañuelo tremoló su último adiós...